

Y la tremenda injusticia, apoyada en los sofismas de los sabios y en las burlas y cuchufletas de los que no lo son, perdura a través de los siglos.

* * *

No entendemos a los buenos republicanos de Costa Rica. En vez de seguir hacia adelante, retroceden alegremente. No hay cuento; vamos ahora para atrás en todo, en filosofía, en enseñanza, en política. Para verificar la elección de presidente de la República, en vez de procurar siquiera acercarse más y más al procedimiento francés actual, que es el **menos malo de los bien conocidos**, nuestros hombres resuelven ensayar nuevamente por su cuenta el voto directo (el **voto inconsciente**, debiera decirse).

Suponiendo entera libertad electoral, tendremos, pues, hondas y frecuentes conmociones políticas en todo el país y asistiremos—salvo una feliz casualidad—, al triunfo del dólar, o al triunfo de la ignorancia, o al triunfo de las pasiones, o al triunfo de todas estas cosas juntas.

El que vota por un hombre que le es personalmente más o menos desconocido, sólo por ventura puede acertar: o cede al impulso de una simpatía o antipatía tan vaga como infundada, o cede con torpeza a halagos puramente metálicos, o cede ilusamente a la falaz palabrería de un mañoso propagandista.

Los partidarios del voto directo desconocen el siguiente principio, que debieran, sin embargo, tener muy presente los legisladores: Es vano todo intento únicamente encaminado a imposibilitar el mal: lo importante y eficaz es la posibilidad del bien.

En nada se opone a este principio el sistema de pequeñas asambleas locales que eligen gradualmente sus propios diputados, miembros del Po-

der Legislativo (que debiera ser el poder presidente de la República) y al cual corresponde luego el nombramiento del Presidente del Poder Ejecutivo.

Y no nos vengan con el grueso habitual argumento de que es más fácil engañar a un puñado de hombres escogidos que a todo un pueblo. Como fisiólogos responderemos con las leyes de la **sugestión de las colectividades**, leyes que no son discurso de político, sino cosa de ciencia cierta: la sugestión, cualquiera que sea su mecanismo, es tanto más fácil y peligrosa, cuanto mayor es el número de sujetos a ella expuestos. Las grandes asambleas, aun las de sabios, yerran por regla general.

Por otro lado, agregamos, el pueblo que no sabe escoger sus representantes **entre las personas que conoce de cerca** o que, a sabiendas, elige malvados, lo que merece es un buen rey que le caiga del cielo.

En cuanto a la forma del voto, digamos también que estamos por el voto público, franco y valiente. Abominables son todas las prácticas secretas que facilitan a los individuos el eludir las consecuencias de sus actos y fomentan la deslealtad, la hipocresía, la cobardía o la relajación del carácter.

Conste que tratamos aquí este punto incidentalmente y a modo de nota de actualidad. ¡Nuestros ideales de organización social no caben dentro del molde de la república!

* * *

Ramiro de Maeztu hace una pregunta:

“La cuestión social es una cuestión moral, hasta cierto punto, pero la cuestión moral es una cuestión intelectual. No ha surgido nunca una aristocracia moral que no se haya constituido por una revolución

En todo conjunto de individuos, el sentimiento se adiciona y el pensamiento se excluye.